

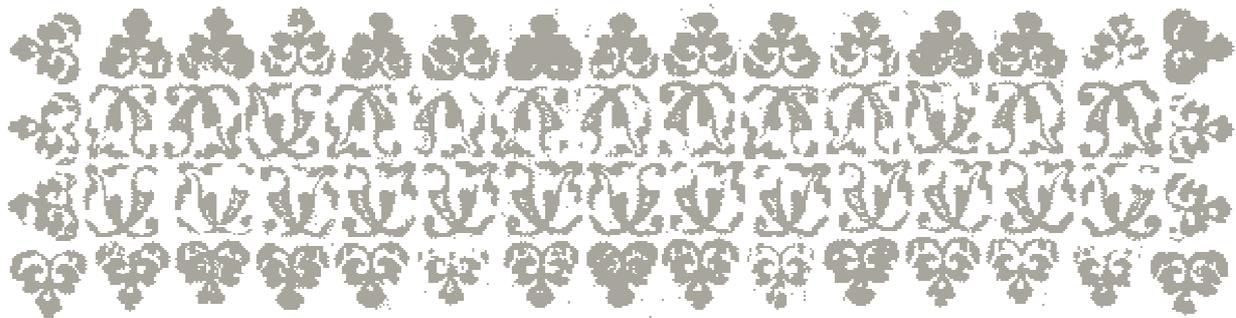
Arturo Pérez-Reverte

LETRAS Y ESPADAS

AL PIE DE LAS LETRAS



2014



LETRAS Y ESPADAS

o AL PIE DE LAS LETRAS

Jornada I

Hablan en ella las personas siguientes

Lope de Vega.
Capitán Alatraste.

Puerta de la casa de Lope de Vega

LOPE: Qué alegría veros por Madrid, señor Capitán Alatraste. Me place que un hombre como vuestra merced, curtido en mil combates en Flandes y contra el turco, no olvide nuestra vieja amistad.

ALATRISTE: Sabéis, don Lope, que no hago visita a este barrio de las Letras de Madrid que no pase a saludaros. La espada, victoriosa o no, siempre rinde homenaje a la pluma.

LOPE: No siempre, señor capitán. No siempre. Recordad que esto es España... ¿Cómo encontráis el barrio?

ALATRISTE: Cambiado. Deben de ser mis aventuras y viajes, pero apenas lo reconozco.

- LOPE: Son tiempos modernos. Todo se pierde. Pero si uno se fija bien, todavía es posible reconocer los antiguos lugares. Es cuestión de amueblarlos con nuestra imaginación y nuestra memoria. ¿Os apetece un paseo?
- ALATRISTE: Con mucho gusto
(Caminan, conversando)
- LOPE: Qué barrio éste, capitán. Gracias a hombres como vuestra merced, España era dueña de medio mundo y estaba en guerra con el otro medio.
- ALATRISTE: Vivíamos victorias como luego vivimos derrotas. Pero la verdadera victoria, la inmortal, se daba en las modestas calles de este barrio.
- LOPE: No os quepa duda, capitán. Si hoy lo llaman barrio de las Letras, no es a humo de pajas. Las letras, la literatura, el teatro, la poesía, la cultura en fin, asentaban aquí sus reales.
- ALATRISTE: Creo que nunca se dio en otro lugar del mundo semejante concentración de talento y gloria literaria.
- LOPE: Desde luego. En apenas doscientos pasos a la redonda, vivían aquí autores magníficos. Yo mismo, en mi casa de esta que antes se llamaba calle Francos, Don Francisco de Quevedo un poco más allá, Góngora, Miguel de Cervantes ahí atrás, Tirso De Molina, Ruiz de Alarcón, el joven Calderón de la Barca...
- ALATRISTE: Siglo de oro, lo llaman algunos.
- LOPE: La verdad es que de oro, lo que se dice de oro, la pobre España de ese tiempo vio poco. Consumida en guerras y empresas exteriores que poco aprovecharon. Pero en cuanto a la gloria literaria, en esa fuimos ricos de sobra.

ALATRISTE: Pues a vuestra merced no le fue nada mal. Me refiero a éxito. Ganasteis mucho dinero con vuestras innumerables comedias.

LOPE: No me puedo quejar. Pero no todos tuvieron tanta suerte. Ved el pobre Cervantes, al que sólo se le reconoció el mérito en la vejez. La gloria, con él siempre esquiva, no le besó la frente sino después de muerto.

ALATRISTE: Todos fuimos un poco culpables de eso, don Lope. Vuestra merced misma tampoco respetaba mucho a Cervantes.

LOPE: Reconozco que fui arrogante con él. Tuvimos nuestras diferencias. Y tardé en verle el mérito. Hasta escribí unos versos crueles de los que hoy me arrepiento: «Que ese tu *Don Quijote* baladí / de mano en mano por el mundo va / vendiendo especias y azafrán rumí / y al fin en muladares parará».



Jornada 2

Hablan en ella las personas siguientes

**Lope de Vega.
Capitán Alatraste.
Quevedo.**

Esquina de San Agustín con el muro de las Trinitarias

[Lope y Alatraste han llegado a la esquina de San Agustín con Las Trinitarias, o se han parado allí].

ALATRISTE: Las Trinitarias, don Lope. ¡Cuánta gloria detrás de estos viejos muros de ladrillo!

LOPE: Sí. También recuerdos tristes, señor capitán. Venid, tocad el muro con respeto, como hago yo. Y que lo toquen también estas señoras y señores. Aquí está enterrado el buen Cervantes, y también por esta calle, a mi muerte, se desviará mi cortejo fúnebre para que mi hija, monja de clausura aquí dentro, pueda asomarse a la reja y ver pasar el féretro de su padre.

ALATRISTE: Creo que también, por aquí cerca, está la casa donde se imprimió el Quijote...

LOPE: Sí. Ahí mismo, llegando a la calle Atocha, a la derecha. La imprenta de Juan de la Cuesta. Una placa de bronce en la fachada recuerda el asunto.

ALATRISTE: Por cierto, ahora que me fijo. Esta calle, donde está enterrado Cervantes, se llama de Lope. Y la calle en la que está vuestra casa se llama de Cervantes...

LOPE: Así es España, querido capitán... Una perpetua paradoja. Pero ved quién viene por ahí. Don Francisco de Quevedo en persona. Buenos días, don Francisco. ¿Conocéis al capitán Alatraste?

QUEVEDO: Ilustre rayo de la guerra, naturalmente. Celebro veros bueno y sano, don Lope.

LOPE: Me venís bien, porque tengo asuntos de que ocuparme. Dejo al capitán en vuestras manos, para que lo acompañéis un poco por el barrio. Luego os veré en casa, capitán. Dios os guarde.



Jornada 3

Hablan en ella las personas siguientes

Capitán Alatriste.

Quevedo.

Esquina de la calle Quevedo. Casa de Quevedo

[Quevedo y Alatriste charlan y pasean despacio hasta la casa de Quevedo].

ALATRISTE: Creo recordar que vuestra casa está cerca, don Francisco.

QUEVEDO: Ahí mismo, en la esquina. O más bien estaba. Hay una casa moderna donde antes estuvo el solar. Si os fijáis veréis una placa. ¿La veis? Es cuanto queda de mi memoria. Eso y el nombre de la calle. Con una taberna en la esquina (o cerca), lo que me honra.

ALATRISTE: ¿Es cierto lo que cuentan de que vuestro enemigo Góngora...?

QUEVEDO: ¿Sobre ese poetastro periculto y relamido? Claro que es cierto. Él vivía aquí, y compré la casa sólo por darme el gusto de echarlo a la calle. Y vaya si lo eché (*recita*) «Yo te untaré mis versos con tocino / porque no me los muerdas, Gongorilla...».

ALATRISTE: Sin embargo, la posteridad dice que tanto él como vuestra merced, cada uno en su diferente estilo, fuisteis los más grandes poetas de vuestro tiempo. Que entre los dos enriquecisteis y transformasteis la lengua española, haciéndola más perfecta, más rica y más bella.

QUEVEDO: (*Halagado*) Puede ser. Yo en cosa de posteridades no me meto.

ALATRISTE: En todo caso, teníais una vecindad ilustre. El convento. La tumba de don Miguel de Cervantes.

Jornada 4

Hablan en ella las personas siguientes

Quevedo.
Capitán Alatriste.
Calderón.

Puerta del convento de las Trinitarias

QUEVEDO: Esta es otra de las paradojas de España, señor capitán. El hombre que más gloria dio a nuestras letras yace ahí, en una fosa común. Sus huesos se perdieron con el tiempo. Murió pobre, abandonado de casi todos, arrojado al olvido por nosotros, sus contemporáneos.

ALATRISTE: ¿Es cierto lo de la fosa común?

QUEVEDO: Completamente. Lo trajeron desde su modesta casa, que está ahí cerca, sin acompañamiento ni pompa ninguna. Un entierro humilde para el más grande de nuestros autores. Y fue enterrado en un rincón oscuro del convento del que no se guardó memoria.

ALATRISTE: Imposible honrar hoy sus huesos, entonces.

QUEVEDO: Imposible. Sólo esa placa, señor capitán. Ante la que cualquier ciudadano del mundo, y no digo ya español, debería descubrirse con respeto.

(Pasa un hombre con capa, sombrero y espada, que tropieza con ellos)

QUEVEDO: Pardiez que a ver si mira vuestra merced por dónde anda.

CALDERÓN: ¿O?

QUEVEDO: O para danza de espadas, el sitio está diciendo bailadme.

(Van a sacar espadas cuando se reconocen)

CALDERÓN: ¿Don Francisco de Quevedo?

QUEVEDO: ¿Don Pedro Calderón de la Barca?

(Se abrazan, disculpan etc.)

QUEVEDO: Estaba enseñando el barrio a este amigo, el capitán Alatraste.

CALDERÓN: Conozco al capitán. ¿Verdad?

ALATRISTE: Sí. De cuando erais soldado en Flandes. Estuvimos juntos en el saqueo de Oudkerk.

QUEVEDO: Yo me quedo en la taberna. ¿Tomáis un vaso de vino, don Pedro?

CALDERÓN: Otro día. Ahora voy con prisa, porque estreno comedia la semana que viene y tengo ensayo en el teatro del Príncipe, ahí mismo.

ALATRISTE: ¿En el que ahora se llama teatro Real?

CALDERÓN: En ése.

ALATRISTE: Os acompaño un poco.

(Caminan hasta la esquina de la calle del León)



Jornada 5

Hablan en ella las personas siguientes

Capitán Alatriste.

Calderón.

La Lebrijana.

Un extranjero.

Esquina de la calle Lope de Vega con la calle del León

CALDERÓN: Qué barrio, ¿verdad, capitán?... Toda la gente de letras vivíamos aquí. Nada de extrañar, habida cuenta de que los dos teatros de Madrid estaban a pocos pasos. Corrales de comedias, era el nombre. El del Príncipe, que sigue estando en la plaza de Santa Ana, y el de la Cruz, ahora desaparecido, que estaba ahí, muy cerca, en la calle de ese nombre.

ALATRISTE: Ahora hay bares donde se comen patatas bravas.

CALDERÓN: Sí. Ahí estaba... Y era estupendo, ¿verdad? En aquella España del siglo diecisiete, o en esta, quiero decir, desde el monarca al último hombre del pueblo, todos aman con pasión el teatro. Los autores son adorados por la gente y la popularidad de actores ya actrices es inmensa.

(Pasa LA LEBRIJANA: medio puta, medio tabernera)

LEBRIJANA: ¿Perdone? ¿No será vuestra merced don Pedro Calderón de la Barca?

CALDERÓN: Lo soy.

LEBRIJANA: ¡Qué ilusión! ... No me pierdo ni una de sus comedias. Estáis mucho más joven que en la estatua vuestra que hay ahí cerca, en la plaza de Santa Ana... ¿Me daríais un autógrafo?

(Calderón saca de bajo la capa una exageradamente enorme pluma de ave, un papel y un tintero y apoyándose en la espalda de ALATRISTE le firma el autógrafo)

LEBRIJANA: ¡Muchas gracias!... No pienso perderme su próximo estreno.

CALDERÓN: Allí espero verla, señora mía. Mis respetos, capitán.

(Se va CALDERÓN)

LEBRIJANA: Vaya talento el de ese hombre. La verdad es que en este barrio talento es lo que sobra. Una se tropieza con Lope, con Calderón, con Ruiz de Alarcón, con Quevedo, con toda normalidad. Eso sí. Se llevan fatal entre ellos. No hay éxito de uno que no fastidie a otro.

ALATRISTE: Eso crea envidias, claro. Odios y emulaciones.

LEBRIJANA: No se puede imaginar vuestra merced. Estos señores literatos se envidian unos a otros los éxitos, la fama y el dinero. Se desprecian y zahieren, escriben versos insultándose. Hasta se denuncian entre sí a la Inquisición. Pero son unos genios inmensos, inteligentes. Estupendos.

ALATRISTE: Contradicciones de esta España nuestra, señora mía.

(Pasa un caballero con pinta de extranjero)

LEBRIJANA: ¿A dónde va vuesamerced, tan buen mozo y tan solo?

(El caballero habla con acento extranjero)

EXTRANJERO: Busco la casa de don Miguel de Cervantes Saavedra.

LEBRIJANA: Ahí cerca, en la esquina.

ALATRISTE: Voy en esa dirección. Os acompaño.

Jornada 6

Hablan en ella las personas siguientes

Capitán Alatriste.

Un extranjero.

Casa de Cervantes en la calle Lope de Vega

- ALATRISTE: Sois extranjero, veo por vuestro acento.
- EXTRANJERO: Sí. Inglés. Estoy de paso en Madrid, y no quiero irme sin visitar al gran don Miguel de Cervantes.
- ALATRISTE: Murió. El año de 1616.
- EXTRANJERO: Vaya. Lo siento. Entre grandes honores y duelo popular, supongo.
- ALATRISTE: Suponéis mal. Murió fracasado, solo, enfermo y pobre, tras una vida desdichada. Apenas llegó a gozar del éxito de su libro inmortal.
- EXTRANJERO: Sin embargo, el tiempo de dio la gloria que sus compatriotas le negaron entonces.
- ALATRISTE: Le habría aprovechado más en vida. Triste gloria póstuma para este hombre bueno, valiente soldado en Lepanto, cautivo en Argel, de vida desgraciada, que alumbró la novela más genial de todos los tiempos. Ninguneado por sus contemporáneos y sólo reivindicado más tarde, cuando en el extranjero ya devoraban y reimprimían su *Quijote*.
- EXTRANJERO: La novela más genial, más moderna, más innovadora de todos los tiempos. La literatura universal nunca fue la misma después de ella.

ALATRISTE: Sí... Esta es la casa donde vivió sus últimos años. O mejor, dicho, aquí estaba la casa. En su solar se levanta ésta. Hay dos placas, como veis. Recordándolo.

EXTRANJERO: ¿Eso es todo? Si Shakespeare hubiera vivido aquí...

ALATRISTE: (*Lo corta con un gesto*). Los españoles somos más bien sobrios para estas cosas, me temo. Pero precisamente lo humilde de este lugar y su cercana tumba olvidada, lo que hacen es resaltar más la modestia del personaje. Lo discreto de su vida y la grandeza de su obra.

EXTRANJERO: ¿Un monumento a la inversa, queréis decir?

ALATRISTE: Es una forma de verlo. Sí. No siempre es fácil de explicar España.



Jornada 7

Hablan en ella las personas siguientes

Capitán Alatraste.

Lope de Vega.

Casa de Lope de Vega

LOPE: *(Que espera en la puerta)* ¿Qué tal vuestro paseo, señor capitán?

ALATRISTE: Interesante, don Lope.

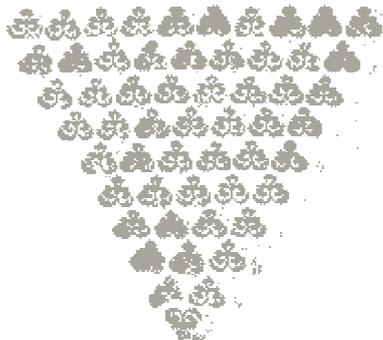
LOPE: Lo celebro. Llegáis en buen momento a mi casa. Unos amigos actores están ensayando un fragmento de mi comedia *El perro del hortelano*. ¿Os gustaría verlo?

ALATRISTE: Con mucho gusto.

LOPE: Venid.

[Pasan al jardín, donde se representa la —puede ser cualquier otro fragmento de cualquier otra obra— parte de la escena VII del acto III de *El perro del hortelano*]

Fin



Lope de Vega
El perro del hortelano
Escena VII, acto III

- DIANA: ¡Ausentarte! Pues, ¿por qué?
- TEODORO: Quiérenme matar.
- DIANA: Sí, harán.
- TEODORO: Envidia a mi mal tendrán
que bien al principio fue.
Con esta ocasión, te pido
licencia para irme a España.
- DIANA: Será generosa hazaña
de un hombre tan entendido;
que con esto quitarás
la ocasión de tus enojos,
y aunque des agua a mi ojos,
honra a mi casa darás.
que desde aquel bofetón
Federico me ha tratado
como celoso, y me ha dado
para dejarte ocasión.
Vete a España; que yo haré
que te den seis mil escudos.
- TEODORO: Haré tus contrarios mudos
con mi ausencia. Dame el pie.
- DIANA: Anda, Teodoro. No más.
Déjame; que soy mujer.
- TEODORO: (Llora; mas, ¿qué puedo hacer?)
- DIANA: En fin, Teodoro, ¿te vas?
- TEODORO: Sí, señora.
- DIANA: Espera... Vete...
Oye.
- TEODORO: ¿Qué mandas?

DIANA: No, nada;
vete.

TEODORO: Voyme.

DIANA: (Estoy turbada. *Aparte*
¿Hay tormento que inquiete
como una pasión de amor?)
¿No eres ido?

TEODORO: Ya, señora.
Me voy.

Vase

DIANA: ¡Buena quedo agora!
¡Maldígate Dios, honor!
Temeraria invención fuiste,
tan opuesta al propio gusto.
¿Quién te inventó? Mas fue justo,
pues que tu freno resiste
tantas cosas tan mal hechas.

Vuelve TEODORO

TEODORO: Vuelvo a saber si hoy podré
partirme.

DIANA: Ni yo lo sé,
ni tú, Teodoro, sospechas
que me pesa de mirarte,
pues que te vuelves aquí.

TEODORO: Señora, vuelvo por mí,
que no estoy en otra parte;
y como me he de llevar,
vengo para que me des
a mí mismo.

DIANA: Si después
te has de volver a buscar,
no me pidas que te dé.
Pero vete; que el Amor
lucha con mi noble honor,
y vienes tú a ser traspíe.

Vete, Teodoro, de aquí;
no te pidas, aunque puedas;
que yo sé que si te quedas,
allá me llevas a mí.